

el Austria será borrada del libro de las naciones, ó cuando menos del de las grandes potencias.

Por donde se ve que la preponderancia de las cuestiones de intereses materiales sobre las de principios políticos, ó lo que es lo mismo, la preponderancia de la cuestión del Oriente sobre las cuestiones que tuvieron su origen en la revolución de Julio, ha sido causa de que se quebranten de hecho, y á un mismo tiempo, las alianzas del Norte y las de Europa. Se han quebrantado las alianzas del Norte, porque de hecho el Austria y la Prusia se han separado de la amistad de la Rusia; se han quebrantado las alianzas del Mediodía, porque de hecho el Gabinete francés se ha separado de España. Hay, sin embargo, una notable diferencia entre el rompimiento más ó menos ostensible del Austria y de la Prusia con la Rusia, y el quebrantamiento más ó menos ostensible, por parte de la Francia, del tratado solemne, por el que quedó obligada á defender contra la usupación y la rebeldía el Trono español y la libertad española¹. Esta diferencia consiste en que, prevaleciendo las cuestiones de intereses materiales sobre las de principios políticos, el Austria y la Prusia han obrado con acierto separándose de la Rusia, porque los intereses materiales de la Rusia están en contradicción con los intereses materiales de la Prusia y con los intereses materiales austriacos; mientras que, separándose el Gabinete francés del Gabinete español, ha sacrificado á un mismo tiempo sus principios políticos y sus intereses materiales. Es decir, que mientras que la Prusia y el Austria, retirándose de la Rusia, han sacrificado lo menos á lo más, el Gabinete francés, retirándose del español, lo ha sacrificado todo, causando admiración á la Europa la sublimidad de tan generoso sacrificio.

Toda la política actual del Gabinete francés para con el español, se reduce á una absoluta indiferencia. Y como la indife-

¹ No: la libertad defendida por la cuádruple alianza no fué la española, sino la francesa maldecida: de Francia fué importado en España el árbol que allá plantaron los jacobinos y demás satélites de la revolución. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

rencia no lleva consigo su justificación sino cuando recae sobre cosas que son en realidad indiferentes, el Gabinete francés no puede justificar su política sino demostrando que es indiferente para la Francia todo lo que sucede aquende los Pirineos; y para que esta demostración sea completa y pueda ser aceptada, no basta demostrar lo imposible, demostrando que para la Francia es indiferente el triunfo del rebelde Carlos ó el de Isabel II, porque aun entonces se vería obligado á intervenir en los asuntos de España, sino demostraba otra cosa imposible, conviene á saber: que siéndole indiferente que reine Isabel ó reine Carlos, le es indiferente también que haya ó no haya un Gobierno pacífico y asentado en la nación española; porque si no demostraba esto también demostrando que la anarquía en España le es de todo punto indiferente, estaba obligado á intervenir, si no en favor de ninguno de los Ejércitos beligerantes, á lo menos para sofocar en ambos campamentos la anarquía. Para demostrar esta segunda cosa imposible, es decir, que le es indiferente que en España haya anarquía ó haya Gobierno, estaba obligado á demostrar antes otra tercer cosa imposible, conviene á saber: que puede ser indiferente á una nación todo lo que suceda en una nación vecina. Sólo demostrando todas estas cosas puede justificar el Gabinete francés su absoluta indiferencia en los asuntos de España. Yo, que tengo, no sé si la desgracia ó la fortuna de concebir mejor los delirios que los absurdos, concebiría que la Francia, olvidada de sí propia, de los pactos que la ligan, de los principios que proclama, y rebelándose contra la conciencia del género humano, que juzga á las naciones como juzga á los Reyes, interviniese en favor del pretendiente y contra la Reina legítima, en favor del despotismo y contra la libertad española. Pero lo que no puedo concebir es su absoluta indiferencia, que para un francés debe ser la mayor de todas las faltas, y para un español el mayor de todos los crímenes. Pues qué, prescindiendo por ahora de que la indiferencia por una cosa que no puede ser indiferente es absurda, ¿es lícito mirar con indiferencia los desastres de un gran pueblo? ¿Es lí-

¿cómo, pues, no sentaría bien á un pueblo cuyas quillas rompieron todos los mares, cuya bandera respetaron las naciones, cuyo nombre fué glorioso entre las gentes y que llevó sobre su sien, como un peso liviano, la corona de dos mundos?

Mostrándose la Francia indiferente en nuestros asuntos interiores, no sólo se rebela contra el sentido común, sino también contra su propia historia. Con efecto: si su historia tiene razón, no tiene razón la Francia. La política del Gabinete francés en toda la prolongación de sus tiempos históricos, ha sido constantemente intervenir como actor en las cuestiones españolas. Muchas veces fué nuestro enemigo, otras nuestro aliado; pero jamás hasta el día ha sido espectador indiferente de nuestras glorias ó nuestros desastres, de nuestras guerras ó de nuestras discordias civiles. Carlo-Magno, Luis XIV y Napoleón, esos tres representantes augustos de las épocas de mayor auge y esplendor para la Francia, en quienes sólo tuvieron cabida altivos pensamientos y gigantescas concepciones, no miraron jamás con indiferencia las cosas y las cuestiones de España. El primero, á pesar de sus guerras de allende el Rhin, atravesó los Pirineos á la cabeza de sus huestes para tender una mano amiga á los pocos que se habían refugiado en las montañas del Norte para librarse del estrago de las armas agarenas. Carlo-Magno no pensaba en el Rhin cuando se le presentaba ocasión de decidir con su espada una cuestión española. Luis XIV sacrificó por nuestra amistad la del Austria y el señorío de los Países Bajos, y Napoleón jugó á la vuelta de un dado, por la Corona de España, la Corona del mundo; por el Cetro español, el Cetro de las naciones. Cuando se considera la importancia que esos tres grandes personajes históricos dieron

siempre á las cuestiones españolas, y se la compara con la indiferencia que afectan por nuestras cosas los consejeros de Luis Felipe, el entendimiento no puede concebir que la importancia sea exagerada y la indiferencia conveniente; que lo que afirma un Gabinete sea más razonable que lo que afirma la Historia; que los consejeros de Luis Felipe tengan razón contra Napoleón, Luis XIV y Carlo-Magno.

Y no la tienen, en verdad, porque el estado interior de la nación española no puede ser indiferente á la Francia en ningún caso, ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. No puede serle indiferente en tiempo de paz porque si llega á derramarse la anarquía por todas las provincias de España, y si la sombra de Gobierno que hoy existe deja de existir á impulsos de una democracia turbulenta, ¿quién protegerá los intereses comerciales de la Francia, y en quién encontrarán apoyo los súbditos franceses? Si los unos y los otros dejan de ser respetados; si las masas populares llegan á ver en los intereses franceses intereses contrarios á los intereses españoles, y en cada súbdito de la Francia un agente hipócrita de un Gobierno enemigo, ¿quién salvará los intereses y los hombres de las frenéticas muchedumbres? ¿Ignora el Gabinete francés, por ventura, los extremos á que puede dejarse arrastrar un pueblo á quien se engaña? Bien sé que entonces el Gobierno francés acudiría á las represalias, á los bloqueos y á la guerra; pero si las guerras, los bloqueos y las represalias tienen por objeto obligar á un Gobierno á transigir y aun á ceder, ¿cuál puede ser el resultado de los bloqueos, de las represalias y de las guerras cuando no hay un Gobierno que pueda ceder ni que pueda transigir? Cuando las muchedumbres gobiernan son inútiles las amenazas, porque las muchedumbres ni ceden ni transigen. El único remedio entonces está, no en la guerra, sino en el exterminio. Ahora bien: ¿está dispuesta la Francia á exterminar á todos los españoles? Esta, y ésta sola es la cuestión.

Con efecto: que una anarquía completa en España, es posible, no habiendo una intervención contra el Príncipe rebelde, es

cosa fuera de toda duda; que, exasperados los ánimos contra la Francia por su culpable indiferencia, pueden volverse en medio de la anarquía contra sus súbditos y contra sus intereses comerciales, es cosa natural, y de semejantes catástrofes encontramos insignes testimonios en la Historia; que, llegado este caso, no habrá en España un Gobierno á quien se pueda obligar á ceder ó á transigir, ó que si le hay será impotente para contener los ímpetus populares, es una cosa clara á todas luces; que en este caso son inútiles los bloqueos, las represalias y las guerras, es cosa que no necesita demostración; que siendo estos remedios ineficaces el único remedio eficaz consiste en el exterminio, es una cosa evidente. Luego el Gabinete francés, estando decidido á *no intervenir*, debe estar preparado á *extermiar*. Ahora bien: repitiendo mi pregunta, ¿está la Francia dispuesta á exterminar á todos los españoles?

Si el estado interior de la nación española no puede ser indiferente á la Francia en tiempo de paz, en tiempo de guerra le ha de ser menos indiferente todavía. No es ésta la opinión del Gabinete francés si hemos de juzgar de su opinión por sus actos. Tampoco es la opinión de algunos acreditados publicistas, puesto que el profesor Rossi escribió en uno de los números de la *Revista Francesa*, órgano del partido doctrinario, estas palabras solemnes: *La Francia en sus luchas continentales no necesita de la ayuda de España*
. Lo que importa á la Francia es estar al abrigo de toda agresión por parte de los Pirineos cuando sus Ejércitos marchen hacia el Rhin; porque, aunque se halle amenazada de una gran coalición, si por ventura no se encuentra agotada como en 1814, ó desorganizada y dividida como en 1815, puede resistir á todos sus enemigos, y apoyar fieramente su izquierda en el Océano y su derecha en los Alpes, siempre que esté segura por su espalda, y que un numeroso Ejército español no tale sus provincias y no obligue á sus Ejércitos á volver la cara á todas partes. De cuya doctrina, nueva á la verdad entre los publicistas y hombres de Estado de Europa, deduce el pro-

fesor Rossi la consecuencia de que lo que á la Francia conviene es que la unidad española se quebrante; pues sólo siendo quebrantada podrá dejar de ser, en caso de guerra y de conflicto, embarazosa. Prescindiendo por ahora del egoísmo cínico y profundo que en esta doctrina se descubre, y prescindiendo también de toda consideración que se derive de las nociones de derecho y de justicia; convencido como estoy de que en las cuestiones que interesan á la nacionalidad de los pueblos suelen ser más atendibles las razones derivadas de la utilidad que las que reconocen una base más ancha y un origen más alto, me contentaré con demostrar que esa doctrina considerada teóricamente se opone á la razón, y considerada prácticamente se opone á la conveniencia.

La cuestión es grave y trascendental; porque si es cierto que la España puede servir á la Francia de estorbo y de embarazo estando unida, y si es cierto que en las guerras continentales la Francia no necesita de su apoyo, el interés de la Francia consiste en que nuestra unidad se rompa y en que nuestras discordias se acrecienten; pero si, por el contrario, se demuestra que la nación francesa puede necesitar en sus guerras continentales del apoyo de la nación española, entonces el interés de la Francia consiste en que la nación española sea su aliada y su amiga, y en que su unidad sea consistente y robusta. Siendo esto así, ¿es verdad, como afirma el profesor Rossi, que España no puede servir de ayuda á la Francia? ¿Es verdad que la Francia, en caso de guerra, no necesita de su ayuda, porque puede apoyarse firmemente en el Océano y en los Alpes?

En cuanto á lo primero, no puedo menos de advertir que si España, ayudada noblemente por la Francia, pusiera un término á la guerra civil que la devora, contaría con uno de los Ejércitos más aguerridos del mundo, y que el Rhin es tan conocido como el Tajo de los Ejércitos españoles, acostumbrados á tremolar en tierras extrañas, y en defensa de los principios que sostienen, los gloriosos pendones de Castilla. En cuanto á lo segundo, es de extrañar ciertamente que el profesor

Rossi confie tanto en la seguridad de los Alpes cuando la neutralidad suiza no ha sido respetada nunca por los enemigos de la Francia, y cuando la Francia pudiera encontrar un adversario donde busca un amigo, y un combate en donde busca un apoyo. Si todas estas razones tienen fuerza tratándose de una guerra continental, su fuerza es mayor aún si se supone á la Francia empeñada, á un mismo tiempo, en una guerra continental y en una guerra marítima; porque entonces, combatida en todos los mares y en su propio territorio, su situación reclamaría imperiosamente el apoyo de los Pirineos y el amparo de nuestros puertos y colonias. De donde resulta que, así en la guerra como en la paz, el Gabinete francés no puede mirar con indiferencia nuestras cuestiones interiores y nuestras discordias civiles, y que, así en la guerra como en la paz, el Gabinete francés está grandemente interesado en que la nación española sea regida por un Gobierno amigo y poderoso.

Si la unidad de España es lo que más conviene al Gabinete francés, su desmembración sería para la Francia una de sus más grandes calamidades y uno de sus más grandes infortunios. La guerra no es posible en Europa sino á causa de un grande conflicto de intereses ó de un conflicto de ideas, porque no puede fundarse sino en la contradicción de los intereses materiales ó morales de los pueblos. Si los intereses materiales prevalecen y la guerra tiene en ellos su origen, la Francia no puede temer una agresión por parte de España, ahora esté desmembrada, ahora se encuentre unida; porque, en uno y en otro caso, España, sin comercio y sin industria, ni tiene aliados ni rivales en el comercio del mundo. Si los principios políticos prevalecen y la guerra tiene en ellos su origen, entonces España constitucional, una y compacta, puede lanzar sus huestes á la arena para combatir, en nombre de la civilización meridional, contra la civilización del Norte¹; por el contrario, véase lo que sucederá si está dividida y si se encuentra desmembrada.

¹ Ni en pro ni en contra de una ú otra civilización, que en puridad son idénticas.

Las provincias de allende el Ebro, careciendo de todo punto de elementos monárquicos y del elemento aristocrático, adoptarían forzosamente, después de su desmembración, instituciones democráticas en su esencia y en su forma republicanas, viniéndose á poner así en pugna y en conflicto con el elemento monárquico y el mesocrático, que constituyen la índole de la Monarquía francesa. Constituidas en semejante situación, siendo raquíticas y endebles, venían á serle de todo punto inútiles, si es que no la servían de estorbo y de embarazo. Siendo prósperas y felices, acreditaban la idea del federalismo, y la idea del federalismo es la más opuesta al progreso político y social y á las instituciones de Francia. En tiempo de paz, esa idea sería bastante poderosa para poner, si no en estado de movimiento, en estado de inquieta excitación á las masas populares. En tiempo de guerra, a Francia monárquica, rodeada de la Bélgica, por donde se dilata oculto el fuego republicano de la Suiza, en donde tiene el federalismo su trono y de las provincias españolas, asiento de la igualdad democrática, tendría que hacer frente á las legiones del Norte, ceñida de Repúblicas que, en vez de servirle de escudo, la carcomerían su seno, porque el mismo trecho hay entre las Monarquías constitucionales y las Repúblicas¹, que entre las Monarquías absolutas y las Monarquías constitucionales².

Hasta ahora he procurado demostrar que la nación francesa y la española están unidas, no solamente por sus principios políticos, sino también por sus intereses materiales, y, por consiguiente, que la indiferencia de la primera con respecto á la

con la civilización moderna—reprobada por la Iglesia,—debe nunca España lanzar sus huestes; su vocación es mucho más alta: es de orden sobrenatural y divino. España es, conforme á su vocación, campeón del Pontificado y de la Iglesia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

¹ El trecho entre las Monarquías constitucionales—á la moderna—es tan breve que se puede recorrer en un instante, bastando que una persona augusta, que apenas tiene el nombre de *Rey*, sea reemplazada por otra que, con los mismos poderes, lleva temporalmente el nombre de *Presidente*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Cuanto manifiesto aquí contra la opinión del profesor Rossi, está copiado literalmente de un artículo que publiqué sobre este asunto en *El Correo Nacional* de 10 de Julio último.

segunda, aunque se explica por los trastornos que han experimentado las alianzas de Europa desde la revolución de Julio acá, á causa de la preponderancia de los intereses materiales sobre los principios políticos, no está justificada ni aun por esos trastornos, puesto que la intervención es igualmente provechosa para la Francia, ya se verifique en nombre de sus intereses políticos, ora se verifique en nombre de sus intereses materiales. Pero no basta para mi propósito haber demostrado que la Francia está interesada en la terminación de nuestras discordias civiles, sino que es necesario también, para que sea cumplida mi demostración, rebatir los dos únicos argumentos en que se fundan los hombres de Estado que sostienen más allá de los Pirineos una opinión contraria á la mía.

—La intervención en España—dicen unos—es la guerra, ó cuando menos la enemistad con el Norte.—La intervención—dicen otros—carece de objeto y de motivo, porque no puede dar un Gobierno á la nación española, y de un Gobierno es de lo que la nación española se encuentra necesitada.

Estos dos argumentos son graves: porque si la Francia no puede salvar los Pirineos sin parapetarse en el Rhin, y si los españoles hemos llegado á tal punto de degradación y de miseria que no podemos consentir otra ley que la de nuestro anárquico albedrío, la intervención, siendo inútil para nosotros, sería para la Francia azarosa, y en último caso un pueblo no puede ser regenerado por la intervención, sino por la conquista. Estos poderosos argumentos son infundados por fortuna; porque ni el Gabinete francés expone la existencia ó la seguridad del Estado con su intervención en España, ni la nación española está condenada irrevocablemente á fluctuar entre la bárbara dominación de un déspota ó la ignominiosa de una desenfrenada muchedumbre. No: no está el cielo sordo hasta este punto á nuestras fervientes plegarias; aún no ha retirado Dios su mano de nosotros, y para resistir noblemente á nuestros largos infortunios todavía nos queda la fe de nuestros corazones, el valor de nuestros pechos y el manto de su misericordia.

He dicho que el Gabinete francés no expone la existencia ó la seguridad del Estado con su intervención en España. Con efecto: ó se realiza la intervención en época en que, por acontecimientos inesperados, vuelvan á prevalecer las cuestiones de principios políticos sobre los intereses materiales y sobre la cuestión del Oriente, ó en época en que la cuestión del Oriente y las cuestiones de intereses materiales prevalezcan, como prevalecen ahora, sobre las de principios políticos. En el primer caso, la situación de la Francia será análoga á su situación de 1830, y siéndolo, su interés consistirá en intervenir, puesto que su intervención aumentará su poder en el Mediodía sin aumentar su peligro por parte del Norte. En el segundo caso, es decir, en el caso en que prevalezcan, como prevalecen ahora, sobre las cuestiones políticas la cuestión del Oriente y las cuestiones de intereses materiales, la intervención sería igualmente provechosa para la Francia, estando igualmente exenta de peligros. Entre la intervención en el primer caso y la intervención en el segundo, no hay más diferencia sino que, en el primer caso, el provecho de la Francia es claro á todas luces, mientras que para demostrar que la intervención le es igualmente provechosa en el segundo son necesarias algunas explicaciones.

Si la cuestión del Oriente ha alterado la situación respectiva de las potencias del Norte, no ha alterado menos profundamente la situación respectiva de la Inglaterra y de la Francia. Si la revolución de Julio, como he manifestado ya, sólo para la Inglaterra fué provechosa considerada bajo su aspecto diplomático, solo para la Francia es provechosa la cuestión del Oriente; viniendo á resultar de aquí un grande trastorno en la política de estas dos grandes potencias, y un cambio absoluto en sus respectivas situaciones. En 1830, sólo la Francia se encontró gravemente comprometida; en 1838, sólo la Inglaterra se encuentra gravemente amenazada. En 1830, la Francia, sin la alianza de Inglaterra, se hubiera encontrado sola en Europa; en 1838, la Inglaterra, sin la alianza de la Francia,